

# Días horribles

Juan J. Jiménez García  
Lingüística y literatura hispánica

● Maldita sea! La rutina de cada bimestre se repite en la casa de los Perales, entre tazas frías y una nota más batiendo el aire en círculos, solo que en vez de reconocer un diez perfecto, se le grita en la cara a un niño. ¿Qué mierda haces en la escuela? Para Pedro la semana había sido un caos desde que perdió su lapicera en la mañana del martes, cuando había salido a su receso para comprar algo de comer y terminar la tarea de biología antes de que llegase el profesor. El camino hasta la cooperativa era simple, según se bajan las escaleras, girar a mano izquierda y acomodarse en los espacios libres que se ignoran en la fila; evitar saludos y conversaciones innecesarias, evadir cualquier cosa que no refiera a un cuernito fiado y un jugo de tomate -siempre hay, porque nadie los pide.

Imaginar que entre la fila estaría Ana no estaba en los planes. Pasar empujando a la multitud y embarrar sus tacos con crema en el suéter tampoco estaba planeado. El desayuno de Pedro se le evaporó entre sus manos al igual que su suéter para reponer el que había manchado. Aquella mañana del martes, avergonzado, endeudado y con un suéter cubierto de crema, el profesor no aceptó su tarea por no llevar la firma de sus padres.

Tras pasar las siguientes cuatro horas soportando clases que no le importaban en lo absoluto, salió de clases y regresó caminando a casa, entre las calles soleadas y vacías de su colonia, entre terrenos sin podar, camioneros haciendo base, las risas de unos cuantos que

pasaban a un lado de Pedro y recordaban el episodio en la cooperativa. Llegar a casa era en ese momento la tarea principal, encerrarse en su habitación y limpiar el suéter de Ana, convencer a sus padres que nadie escapa de la ira de su profesor de biología y que, el día que tuvo fue horrible.

Para la noche de ese mismo día, tras el regaño de sus padres y revisar su mochila, encuentra una libreta de notas dispersas donde está la tarea que debe entregar al día siguiente, de modo que decide robar una de las latas de Redbull de su padre y la bebe toda para aguantar el amanecer con su tarea terminada. La hazaña, aunque llena de jaqueca y un leve dolor de cabeza es cumplida, con el rezago de una pesadilla repleta de ecuaciones de segundo grado y números incomprensibles vomitados en la hoja de un examen -sabrás Dios de qué y más tarde, en un baño de la escuela.

Al salir, aturdido por el reflejo del sol en la cancha, llega Ana devolviendo el suéter con su perfume característico y Pedro recuerda que el suyo yace colgado en el patio. Evita aclarar el asunto y da las gracias para salir casi corriendo hasta su salón. Entre la prisa, lo detiene el prefecto en turno, le explica una de esas normas incomprensibles de no ir tan rápido en un pasillo y le asigna un castigo para después de clase. Carajo. Susurra, lo que le gana una visita y reporte a la dirección.

La oficina de la directora no le era desconocida, solo que acostumbraba a ser elogiado en vez de un renegado en la sala de espera. Conocía los miles de archivos que

jamás se ordenarán, las llamadas de madres queriendo dejar proyectos, tareas, desayunos; conocía las pilas de hojas y vasos desechables bajo el escritorio de la secretaria pero nunca las hojas rojas de citatorios. Ese bloc casi vacío, lleno de nombres, que ahora, para completar su miércoles, llevaría el suyo subrayado como otro niño problemático.

Para el jueves, saludado con un balonazo en la cancha, con un ojo morado por no darle su dinero al matón de la escuela y no encontrar su jugo de tomate en la cooperativa -pues nunca se vendía-, encontró en su camino a casa una forma de salirse un rato de todo y de paso, disculparse con Ana por lo del suéter con crema. Lo escribió en una hoja al final de su libreta de matemática y la guardó junto al citatorio que habría de darle a sus padres esa tarde, con fecha para el día siguiente, justo después de la firma de boletas.

Para la hora de la cena, en la revisión de sus notas de clase, su madre encontró la hoja donde estaba el citatorio y se levantó rápidamente para avisarle a su esposo de la atrocidad que había encontrado. Su padre gritó de enojo y de pena para luego llevarse las manos a su cabeza y azotar la libreta en la mesa donde comía Pedro. ¡Qué mierdas haces en la escuela! La nota roja se caía para perderse en el azulejo pero su padre todavía gritaba. ¡Te mandamos a la escuela para qué! Tal vez es el enojo -dijo para sí Pedro.

¿Qué van a decir de ti cuando sepan que escribes poesía? 🌟